



IX

La Estrella

Una vez más Felipe de Mantua se había salvado de morir á manos de Lagardère.

Con efecto; no tardaron en detenerse éste y la loca, suspendiendo su furiosa persecución, pues no tenían delante más que soledad y silencio. Al volver unas rocas Gonzaga había desaparecido como por encanto. Pero un caballero no puede disiparse como una nube, desvanecerse cual una sombra. ¿Qué hendedura pudo darle paso? ¿En qué gruta infernal se refugió?

El novio de Aurora se entregó á las más minuciosas pesquisas, y nunca experimentó tanto despecho y tanta cólera. Gritó, amenazó, maldijo, y desanimado, vencido nuevamente por la ciega fatalidad, llegó hasta preguntarse si no valía más abandonar la partida. Imposible des-

cribir su dolor al cerciorarse de su impotencia. Todo cuanto había luchado en París hasta presentar convicto de asesinato á Gonzaga, hasta conquistar el corazón y la mano de la duquesita de Nevers, resultaba inútil. Desde la noche fatal en que Felipe de Mantua le arrebató su prometida, el Príncipe fué dueño de su destino, sin recibir el castigo de sus felonías.

—¡Mi dicha es ya imposible!—murmuraba con melancolía.—¡No he ahorrado pasos, ni tiempo, ni esfuerzos, y Dios es testigo de que intenté hasta lo imposible para ejercitar mi doble derecho al amor y á la venganza! ¿Y qué he conseguido? ¡Mis enemigos triunfan, y mi pobre Aurora no tiene ni siquiera una tumba sobre la cual pueda verter mis lágrimas! ¡Mis leales ignoran mi paradero, y no me queda más compañía que una pobre loca! ¿Qué se hizo de aquel Lagardère siempre victorioso? ¿Qué fué de aquel que hacía temblar á los viles, y en cuyo pecho podía reposar tranquila una cabecita adorada, bien segura de que nadie osaría tocar á uno solo de sus cabellos? ¿Soy yo el cincelador de Pamplona, el Esopo II del hotel Gonzaga? ¿Es á mí á quien el Regente dió su espada?

Estas últimas palabras resonaron en el silencio como un grito de angustia, última manifestación de la suprema agonía. Mariquita le contemplaba

sin decir palabra. También en su ánimo se había operado una transformación: á la exaltación de la batalla sucedió una tristeza sombría; sus ojos hallábanse inundados de lágrimas. De pronto se irguió y cogió la mano del caballero, que se estremeció á su contacto.

—¡Ten esperanza—le dijo,—ten esperanza! ¡Día llegará en que los lobos no podrán sustraerse al zarpazo del león! ¡Sacude la melena, y rugé: hay quien temblará al oír tus rugidos, y otros los oirán con alegría!

Y al decir esto tenía aspecto inspirado y profético que turbó á Lagardère; pero ¿podía hacer caso de las palabras de la desdichada loca?

—¡Cuando el león está herido de muerte—murmuró, siguiendo sin darse cuenta el símil de la gitana,—sus rugidos se pierden en el desierto, y los que acuden á sus gritos lo hacen para gozar con su debilidad é insultarle por su impotencia!

La noche llegaba; las estrellas se encendían en la bóveda celeste. Mariquita señaló á una con la mano y dijo:

—¡Vamos allá, hacia el Oeste! ¡Yo sé leer en el cielo! Los astros no engañan, y en este momento leo en ellos cosas nuevas. ¡La sangre y el dolor van á trocarse en lágrimas de alegría y risas! ¡Muy pronto tu corazón y el mío desbor-

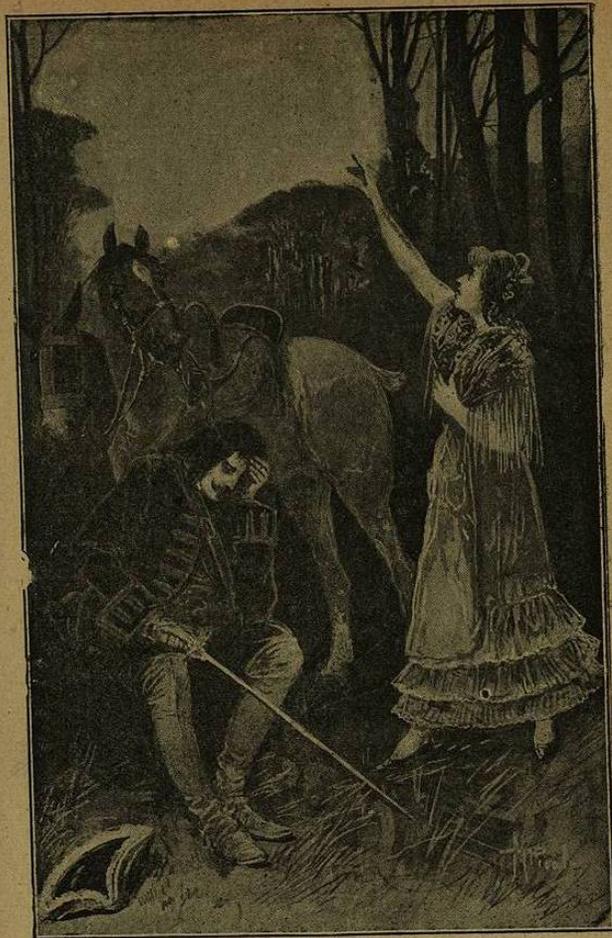
darán de júbilo! ¡Sígueme; sígueme hacia la estrella que brilla!

—Lo mismo me da una dirección que otra— murmuró.—Si ves allá arriba mi destino, sé mi guía. ¡La demencia y la desesperación bien pueden ir juntas!

Envainó la espada y montó de nuevo á caballo, abatido y desconsolado. No pensó en volver al campamento, y siguió indiferente á Mariquita. Así caminaron días y días. Rechazado de las alquerías, seguía su camino sin rebelarse, sin encolerizarse. Eran las últimas estaciones de su calvario, y ansiaba llegar al fin. La gitana guiaba siempre, y en su mente se operaba una transformación, un fenómeno extraño: ya no lanzaba gritos inarticulados, volvía á la razón, y en su memoria se extendía como un velo, como una nube que dejaba penetrar algunos rayos de luz.

Así llegaron [á Pancorbo, y penetraron en el desfiladero teatro de la batalla librada por Lagardère y sus amigos con los contrabandistas y mendigos pagados por Peyrolles. En el mismo sitio donde la joven vió por primera vez al caballero ella se detuvo, sacudió la negra melena, se dasó la mano por la frente, suspiró fuerte, descabalgó y se arrodilló para orar.

Enrique la miraba atónito. La bohemia, mi-



Yo sé leer en el cielo! ¡Los astros no engañan!

rándole con expresión de dulce melancolía, le dijo:

—¿Qué me ha pasado? ¿He dormido? ¿He estado enferma? Algo me ha sucedido que no puedo recordar: acaso tu lo sepas. Pero ante todo avisa á tus compañeros... ¿Dónde están? ¿Por qué estamos juntos y solos, cuando Aurora de Nevers y María Cruz, mi amiga, mi hermana, se escaparon para reunirse contigo?

Lagardère lanzó un grito involuntario. No se atrevía á creer lo que oía: tal vez no era un destello de razón, sino una nueva fase de demencia. La miró á los ojos, y no vió nada que no fuese razonable, normal, sensato. ¿Sería verdad?

El caballero estrechó las manos de la gitanita.

—¡Habla; dime lo que sepas, lo que recuerdes! ¿Cuándo te separaste de ellas y en qué circunstancias?

Mariquita meditó. Recordaba lentamente, muy poco á poco, y los sucesos no se concertaban aún muy bien en aquel cerebro conmovido. De pronto brotó de sus ojos un raudal de amargas lágrimas, que trató de ocultar á Legardère. Comprendía que no podría dar indicaciones precisas al caballero.

—Mi padre y yo—comenzó diciendo—hicimos todo lo posible para que pudiesen escapar. Según todas las probabilidades, salieron sanas y

salvas del castillo. Pero no puedo asegurar que no les ocurriese algo imprevisto, ni sé lo que ocurriría después.

Enrique inclinó la cabeza con desaliento: la débil y fugaz esperanza que brilló un momento ante sus ojos, se apagaba.

La gitanita comprendió su tristeza, y se apesadumbrió.

—¡Alza la frente con valor, y prométeme tener confianza en mí! ¡La gitanita no puede decirte en este momento dónde está tu novia; pero te aseguro que vamos á hallarla!

—¿Cómo puedes saberlo?—preguntó él recordando la esperanza.

—¡Los astros no mienten! ¡Lo leo en ellos!

El caballero movió la cabeza desalentado. Ella prosiguió:

—¡No lo dudes! Si he perdido la memoria, cosa que tal vez tu sabes mejor que yo, pues no recuerdo mucho de lo que me ha sucedido últimamente, he recobrado la razón, y leo de corrido en el firmamento. Es la ciencia inicial de todas las gitanas de todos los países y de todas las razas, pobres vagamundas que descendemos de Nuestro Señor el Viento y de Nuestra Señora la Tierra.

Lagardère dudaba aún.

--Te he mostrado una estrella, y te dije: ¡vamos

hacia ella! Y al llegar á este sitio he leído que debía arrodillarme.

—¿Y qué?

—Y desde aquí tendremos que seguir otra dirección opuesta. Mira huellas del paso de varios caballos y de dos mulas. Pues bien; estas dos mulas que han dejado impresas aquí sus herraduras, llevaban á mademoiselle de Nevers y á mi hermana Flor. ¡No lo dudes!

Lagardère oprimió convulsivamente las manos de la joven.

—¡Habla, habla, sigue!—exclamó con emoción que no podía contener.—¡Si lo que dices es verdad, vamos á encontrarlas en breve! ¡Si te equivocas, pobre niña, aún tendré que agradecerte el haberme dado la ilusión de una felicidad posible!

—No hace aún una hora que han pasado; es verdad. Las escoltan cuatro hombres.

—¿Quiénes? ¿Peyrolles? ¿Gonzaga? ¿Sus *enrodados*?

—No lo sé; pero lo sabremos esta misma noche.

—¿Las alcanzaremos?

—Nos lo dirá la estrella—dijo gravemente la gitana.

—¡La estrella de Lagardère ha palidecido—exclamó de pronto una voz que salía del fondo de

la roca,—y está tan próxima á apagarse, que entre ella y la nada sólo media la longitud de una espada!

—¿Qué importa, si esa espada es la mía?—replicó arrogante el caballero poniéndose en guardia.

En un saliente de la peña formado por una gruta natural que podría servir de refugio á diez hombres se habían guarecido los *enrodados* de Gonzaga. Como la lucha estaba empeñada en Cataluña, habían pasado al Oeste, bien decididos á vagar de una parte á otra hasta que terminase la guerra. Claro que no esperaban que Felipe de Mantua los felicitase luego; pero tenían una excusa aceptable, y á ella se atenían. Montaubert, convertido en jefe de la banda, se había tendido en el suelo y se preocupaba de lo porvenir.

—La hora de nuestra libertad va á sonar—decía.—Vamos á necesitar volver al yugo de Gonzaga, y sería tiempo de que Lagardère viniera á ofrecernos su pecho. Si le lleváramos al Príncipe el colete agujereado de su enemigo, todo iría como una seda; pero, de otro modo, no sé cómo podremos defendernos.

—Mentiremos —replicó Nocé.—Al entrar á su servicio hemos perdido el derecho de decir la verdad. Jugamos á quién disfraza mejor su pensamiento.

—No sé adónde vamos á parar—suspiró el gordo Oriol.—Pero á lo menos, antes mi conciencia estaba más tranquila.

—¿Qué dirías entonces—replicó Taranne—si tus antepasados hubieran tomado parte en las Cruzadas? Al fin y al cabo, en raza de mercaderes la mentira y el engaño no son cosas extraordinarias.

—¡No disputemos!—dijo Montaubert.—Sería difícil averiguar á la hora presente quién vale menos. No pudiendo cubrir de gloria nuestro blasón, podremos cubrirlo de oro, y para eso hay que llevar á Felipe de Mantua la prueba de que Lagardère ha caído á nuestros pies. ¿Cómo lo probaremos?

Nocé inclinó todo el cuerpo hacia afuera, y se puso un dedo en la boca para recomendarles silencio.

—¡Chist! ¡Quizás esté allí!—murmuró en voz baja.—Oigo una voz que parece la del caballero.

Todos callaron y aguzaron los oídos. Eran, en efecto, Enrique y Mariquita que acababan de detenerse á pocos pasos. La fortuna los favorecía más de lo que podían esperar. No perdieron una palabra de su coloquio, aunque no entendieron muchas cosas que les parecían extrañas. Seguros de su victoria, Montaubert se arriesgó á lanzar el reto que conocemos, y no titubeó en lanzarse al

combate. En un instante halláronse frente al caballero, que los reconoció.

—¡Je, je!—exclamó, recobrando su buen humor al tratarse de un combate.—¡No hace mucho hallé en este mismo sitio una emboscada de bandidos pagados por vuestro amo para asesinarme! ¡Veo que ha cambiado de instrumentos, y ahora envía á asesinarme á sus *enrodados*!

Amenazador murmullo acogió este insulto; pero el caballero no se emocionó lo más mínimo: acababa de recobrar la serenidad, y quería vivir para averiguar si era cierto lo que la gitana le había dicho.

—Antes que sea demasiado tarde, os invito á dejarme el camino libre. De otro modo, podéis correr la suerte de vuestros antecesores... en la emboscada de Pancorbo.

Mariquita se alzó ante Lagardère, puñal en mano, para servirle de escudo con su cuerpo. No era la demencia, como en Urgel, lo que la hacía desafiar los peligros, sino la voluntad que mandaba á su valor. Ya no lanzaba alaridos salvajes, ni sus pupilas miraban feroces: en sus ojos brillaba el coraje, y sus miradas eran frías y cortantes como el acero.

—¡Nadie le tocará antes de haber matado á una mujer!—exclamó.

El caballero trató de apartarla con la mano;

ella lo evitó y saltó adelante como una leona. Brotó un rayo de su acero, y éste se clavó en el hombro de Taranne. Principió el combate.

Lagardère hacía frente á sus adversarios; pero más que de su defensa se preocupaba de parar los golpes que amenazaban á la gitanita. Vió que el acero de Montaubert se dirigía al pecho de la joven, y al parar aquella estocada se descubrió.

Nocé se aprovechó de aquel descuido, y su espada penetró en el pecho del caballero, que lanzó un grito, se tambaleó y cayó. Entonces pudo contemplarse un espectáculo sublime: una mujer, casi una niña, con los labios cubiertos de espuma y los ojos centelleantes, haciendo frente á tres hombres para defender el cuerpo del que acababa de caer, ó para vengarle. Una vez sola, ninguno de ellos hubiera osado herirla; pero tenían que defenderse contra sus ataques repetidos y furiosos: su puñal, ya ensangrentado, los amenazaba constantemente.

Mariquita alzó un momento la vista, y vió brillar en la bóveda celeste la estrella; casi en seguida se oyó una de esas extrañas melopeas que cantan las tribus nómodas en sus peregrinaciones por los caminos desiertos. Al oirla exhaló la gitana un grito muy semejante al graznido del cuervo. Otro graznido igual le contestó. Una gatera vieja, cuyo caballo esquelético había sido

lanzado al galope, apareció detrás de la joven. Los *enrodados* vieron aparecer en el vehículo media docena de hombres que empuñaban sendas escopetas.

—¡Llevémonos á Lagardère!—exclamó Montaubert, que sentía la necesidad de dar un golpe audaz.

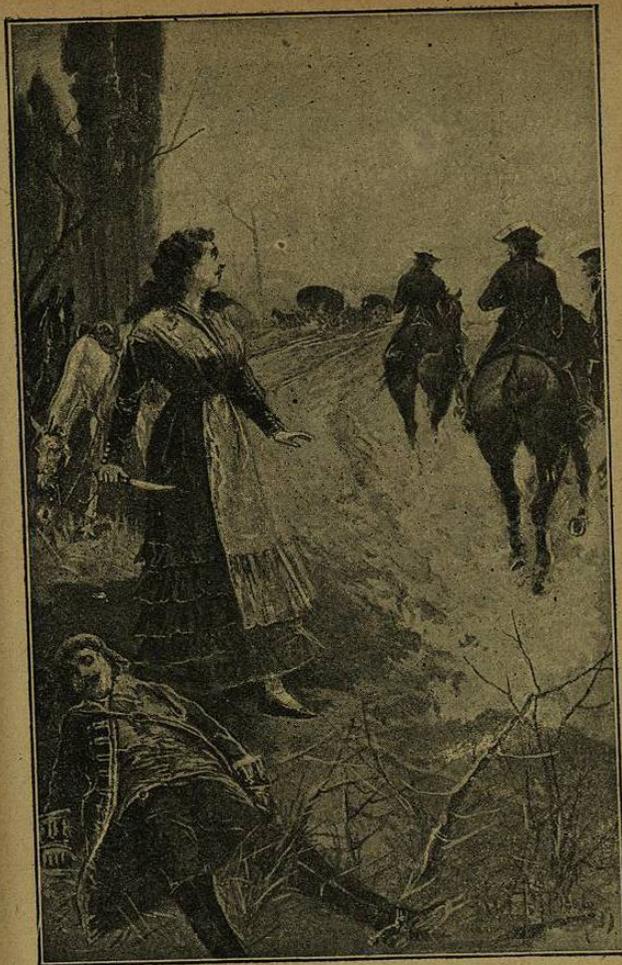
Pero Mariquita se puso delante y replicó arrogante y valerosa:

—¡Ven á cogerle si puedes!

Oriol se había llevado los caballos.

—¡Vámonos!—dijo Nocé.—¡Apenas nos queda tiempo! ¡Hemos perdido la partida una vez más! ¡Ahora tras de cada roca saldrá un hombre y un trabuco!

Como para darle la razón, oyéronse algunos disparos, y el silbido de varias balas hirió sus oídos. Los *enrodados* de Gonzaga huyeron, costándoles mil trabajos sostener á Taranne herido, que perdía mucha sangre.



¡Ven á cogerlo si puedes!